

ANTONIO GUERRA



Nació en Madrid el 12 de mayo de 1971. Es socio de Uría Menéndez, especializado en Derecho de la Unión Europea y de la Competencia y ubicado en la oficina de Madrid. Previamente había trabajado para el Tribunal de Defensa de la Competencia. Ha participado como autor en numerosas publicaciones jurídicas tanto en inglés como en español e imparte clases de Derecho en diversas instituciones como el Instituto de Empresa, la Universidad Autónoma de Madrid o la Universidad de Navarra.



LOS VECINOS

Susana, oculta tras la cortina de la habitación de los niños, observa si Pedro, que llega del trabajo, echa una mirada al coche de policía aparcado delante de la casa de sus vecinos.

—¡Su! ¿Has visto ese coche ahí fuera? —grita Pedro nada más entrar, tras dar un portazo.

—Sí —responde Susana, deslizándose, apresurada, escaleras abajo.

—¿Has oído algo esta tarde? ¿Por qué crees que ha venido la policía? —dice Pedro, encogiéndose de hombros y arrugando la cara.

—No he oído nada pero... supongo por qué será —finjiendo falta de interés.

—¿Por qué? ¿Porque Juan ha sacudido a María?

—Imagino... —a Susana le revuelve las entrañas que su marido utilice la palabra «sacudir». Está segura de que lo hace porque suena menos grave pero a ella le parece lo contrario. Se acuerda de lo que le dijo un día su hermana a Pedro, cuando le recriminó que usara esa palabra, «se sacuden alfombras, cuñado, no mujeres».

—Pero hace varias semanas que no oímos gritos ni peleas...

— Bueno... —dice Susana, bajando la mirada.

—¿Has oído tú gritos recientemente? ¿Y por qué no me has dicho nada? —insiste Pedro, frunciendo el ceño.

— Pedro, prefiero no hablar de eso... Hablemos de otras cosas. ¿Qué tal te ha ido hoy en la oficina? ¿Y la reunión que tenías con los rusos? —armándose de valor.

—¿Por qué no quieres hablar de *eso*? —con un tono medio irritado medio burlón.

— Porque lo que pase o deje de pasar en otras casas no nos importa —miente Susana. Sigue sin mirar directamente a Pedro que, tras dejar el maletín en el suelo y la chaqueta extendida sobre la mesa del comedor, afloja el nudo de la corbata y se arroja al sillón con los brazos en cruz y la cabeza ingrávida.

—Mala cosa que el ritual de cada noche, a la vuelta de la oficina, no se complete con un beso. Aunque sea gélido y de pasada. ¡Otro mal día en el trabajo! —imagina Susana.

Llegaron hace cuatro años a esta casa, situada en una de las mejores zonas residenciales de Madrid. Las Lomas es una urbanización con unos cincuenta chalés individuales propiedad, mayoritariamente, de empresarios hechos a sí mismos. De esos que no deben nada a nadie y que no quieren que nadie les pida nada.

Pedro tiene una empresa de cables que vende a constructoras e ingenierías. Al principio, su negocio se centraba en España pero, con la reducción del gasto público en obras, está intentando abrir mercado fuera.

—Pues a mí sí me importa lo que pasa en la casa de nuestros vecinos —dice Pedro, sin girar la cabeza, mientras empuña el mando de la televisión—. No olvides que Pedrito y Ana siguen yendo a clase de tenis con sus hijos todos los fines de semana.

—Ya lo sé pero los niños no tienen culpa de nada.

—Por cierto, ¿dónde están Pedrito y Ana? ¿Ya se han acostado? ¿Tan pronto? —se quita los zapatos y cruza las piernas sobre la mesa baja del salón. Aprovecha para rasarse la planta del pie derecho con la esquina de la mesita. El chirriar del roce de los calcetines con la madera casi no se oye pero irrita a Susana—. Sírveme una copa, ¡anda!

Susana va a la cocina a coger un vaso y unos cubitos de hielo, mientras piensa en María. Habían sido buenas amigas hasta hace poco tiempo.

Cuando Pedro y Susana vinieron a vivir a esta casa, María y Juan llevaban ya tres años en el barrio. Coincidían bastante a menudo porque, además de ser vecinos, Pedrito y Ana iban al mismo colegio de sus hijos, Paula y Leo.

La primera impresión que tuvo Susana de María no fue buena. Era chismosa, utilizaba siempre su mayor antigüedad en la urbanización, y en el colegio, como argumento de autoridad para dar por zanjada casi cualquier conversación, e intentaba, sin conseguirlo, esconder más de cuarenta años tras un maquillaje espeso y una ropa ridículamente juvenil. Casi infantil. A Susana no le molestaba que lo intentara pero sí que lo hiciera con tan poca gracia.

Al principio la relación entre ambas era afectuosa pero con una cierta distancia. ¡Tres años de distancia!, bromeaba Susana. Sin embargo, todo cambió cuando María supo que el hermano de Susana era un reputado cirujano plástico. A partir de ese día, le miraba a los ojos y le obsequiaba con su mejor sonrisa. Incluso le agarraba suavemente el brazo mientras susurraba alguna confidencia, que, normalmente, afectaba a otras madres del colegio. Se hicieron muy amigas.

De su relación con Juan hablaba poco. Incluso durante la etapa en la que fueron buenas amigas. Contó a lo que se dedicaba y poco más.

Su amistad nunca llegó a ser tan íntima como para confiarle el significado de los ruidos y gritos que traspasaban las

paredes de su casa. Además, cuando los ruidos empezaron, su amistad comenzaba a desvanecerse.

Juan tenía una imprenta que hacía, sobre todo, folletos publicitarios para centros comerciales. Los primeros años de esta década fueron su gran momento. Supo subirse a la ola del crecimiento de sus clientes y pasó, en poco más de dos años, de tener dos máquinas y cuatro trabajadores a diez Heidelberg y siete Xerox de última generación. Y cuarenta empleados. Y casa en Las Lomas y Jaguar.

En esa época la ola parecía que no terminaría nunca. No veía la orilla. Porque no la hubo. La ola no se desvaneció suavemente. Se estrelló contra un acantilado que Juan no vio siquiera aproximarse. Había imaginado que el crecimiento no sería eterno pero nunca esperó, ni en sus peores pesadillas, que todo se esfumaría tan repentinamente.

A la crisis económica general del país se unió, sin darle tiempo para reaccionar, que sus dos principales clientes fueron absorbidos por competidores. Al principio, los nuevos dueños siguieron encargándole algunas promociones pero, poco a poco, canalizaron todos los pedidos a sus antiguos proveedores. Al final, Juan tuvo que cerrar la empresa. El resto de sus pequeños clientes no le daban trabajo suficiente para que fuera rentable mantenerla abierta. En menos de tres años había pasado de la cima al abismo. De la cresta de la ola al fondo del mar.

Ese fue el momento en que Susana vio cómo su amistad con María desaparecía. María y Juan tuvieron que sacar a los niños del colegio porque ya no podían permitirse seguir pagando los mil euros mensuales por hijo que costaba el Kew Gardens.

María dejó de sonreír y de mirar a Susana a los ojos. Siempre llevaba gafas de sol, tan grandes que ocultaban no solo su mirada sino casi la mitad de la cara, y nunca tenía tiempo para tomar un café. Su manera de caminar también había cambiado. Andaba encorvada y el cuello se había arrugado

hasta parecer un acordeón cerrado. A Susana le recordaba una tortuga encogida y acurrucada dentro del caparazón. Ausente de vida. La parte de la cara que no cubrían las gafas de sol tenía siempre un color pálido. Aún más pálido al contraste con la ropa oscura y desaliñada que comenzó a vestir. De una jirafa esbelta y colorida se había convertido en una tortuga de luto.

Un mes después, casi ni saludaba. Cuando, por casualidad, se encontraban, emitía un leve susurro indescifrable que los oídos de Susana recibían con una mezcla de pudor, tristeza y miedo. Era un susurro negro y denso procedente de las entrañas más profundas. No parecía humano. Susana sentía cómo se le desgarraba el alma cada vez que se cruzaba con María.

—¡Qué hijo de puta el Carod Rovira ése! ¡Es que no puedo ni verle! —grita Pedro, de repente, con el puño dirigido hacia la televisión mientras Susana, con la imagen de María aún doliendo, vuelve de la cocina con el vaso y el hielo.

Bueno, cuéntame ¿qué tal te ha ido con los rusos? Ayer parecías preocupado con la reunión —dice Susana, haciendo sus mejores esfuerzos por parecer interesada, pero lo único que pretende es tranquilizarle.

Si a ti no te apetece hablar de los vecinos, ¡a mí tampoco me apetece hablar de los rusos! —vomita Pedro.

... Susana siente como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Cómo va a haber ido? Pues mal. Con unos ignorantes como esos no se pueden hacer negocios —refunfuñó Pedro sin retirar la vista del telediario—. En este país ya no se pueden hacer negocios con nadie. Ni con los de dentro ni con los de fuera. ¡Panda de mediocres!

Susana se asusta al comprobar que a su marido se le levanta leve, pero involuntariamente, la ceja izquierda mientras grita. Las cosas han debido ir verdaderamente mal.

—¿Hace mucho que no ves a Juan? —Susana cree que si vuelve al tema «vecinos» quizá se tranquilice.

—El sábado pasado me crucé con él cuando fui a jugar al pádel —responde Pedro, algo más calmado.

—¡Ah!, no sabía que jugara al pádel.

—Era la primera vez que le veía por ahí. Estaba solo pero llevaba una bolsa con palas. Imagino que iría a jugar con alguien.

—¿Y hablaste con él? —Susana intenta que no se agote el tema.

—Hola y adiós... Desde que tuvo que cerrar la empresa ya no es el mismo.

—¿Crees que empezó a sacudir a María después de cerrar la empresa? ¿O ya lo hacía antes? —desviando por primera vez la vista de la televisión, y mirando a Susana.

—No lo sé... —dice Susana, lamentando que inevitablemente toda conversación sobre los vecinos tenga que desembocar en el mismo sitio.

Fuera, comienza a llover. En pocos segundos las primeras gotas que golpeaban tímidamente las ventanas dan paso a la típica tormenta del final del verano madrileño. Durante la mañana y la tarde había hecho un calor sofocante. Y, ahora, la olla a presión estalla.

La lluvia martillea desesperadamente los cristales de las ventanas y Pedro sube el volumen de la televisión.

—No la subas tanto, por favor, que vas a despertar a los niños —dice, preocupada, Susana.

—¡Joder! —grita Pedro, reduciendo solo una línea de la barra del volumen de las cinco que había subido previamente—. ¡Anda!, sírveme otra copa que estoy seco de hablar con los gilipollas de los rusos —dice Pedro.

Susana no sabe si el gesto de desprecio que acompaña sus palabras se dirige a los rusos, a ella o al mundo en general.

Pedrito empieza a llorar en su habitación. Seguramente le ha asustado la fiereza de la lluvia.

—Sube a ver qué quiere el niño. Y dile que se calle que entre la lluvia y sus lloros no puedo oír la tele y va a empezar el partido —el agua golpea las ventanas como si quisiera romperlas e inundar la casa.

—Ya se calla. No hace falta que suba.

—No, coño. ¡Sube! —Pedro, sin girar la cabeza, hace un aspaviento brusco hacia atrás con el brazo, y golpea a Susana en la cara con el vaso vacío.

—Joder, no te había visto. Siempre estás en el sitio más inoportuno —dice Pedro, sin desviar la mirada de la televisión.

Susana sube las escaleras hacia la habitación de Pedrito mientras comienza a sentir el cosquilleo de la sangre, resbalando despacio desde la nariz a los labios. En ese momento, escucha el rugido de un motor de coche arrancando. El ruido retumba en su cabeza. Debe ser el coche de la policía que estaba aparcado delante de la casa de los vecinos. Oye cómo se aleja lentamente hasta perderse al final de la calle. Mientras, la lluvia cede. Poco a poco.

Pedrito ha dejado de llorar y parece dormido. Susana se queda unos minutos sentada a los pies de la cama, observando a través de la ventana las luces de las farolas de la calle, antes de bajar al salón junto a su marido.

